La Ciudad Mártir.

HISTORIA DE 19 INUNDACIONES.

EL terrible azote que acaba de asolar la rica Capital del Estado de Guanajuato no es un suceso imprevisto y sin ejemplo en sus anales, que haya venido brusca y traidoramente á hacer presa de ella, sin previo aviso y sin antecedentes de ningún género.

Por el contrario, desde épocas remotas que se pierden en la noche del tiempo anterior á la conquista, la plaga de las inundaciones se ha cernido sobre la ciudad como un azote continuo y amenazador. De tiempo en tiempo ha descargado sobre ella, con más ó menos furia, pero siempre causando gravísimos perjuicios é impidiendo el desarrollo expansivo de la población, originando trastornos periódicos y poniendo un *hasta aquí* á su desenvolvimiento y progreso. Por eso extraña que á la vista de ejemplos tan tristes, continuamente repetidos, los gobiernos prudentes de todas las épocas no hayan intentado cortar de raíz el mal, emprendiendo obras de salvación que no hubieran sido muy difíciles ni muy costosas,

y sí hayan hecho otras obras materiales importantes y hermosas, que aunque son de utilidad real y de verdadero ornato, no han sido de un vital interés para la población que ha continuado hasta la fecha bajo el terrible azote del líquido destructor.

Desde el principio del Siglo XVIII á la fecha, ha sufrido Guanajuato 19 inundaciones, cantidad enorme que apenas se comprende no lo haya destruido definitivamente ó no haya hecho pensar á los Gobiernos en un urgente remedio.

Por tener exacta conexión con la catástrofe actual, materia de este folleto, reseñaremos brevemente las principales, hasta llegar á la terrible del 1º de Julio del año actual, que narraremos con todos sus detalles, ya que sus escenas se desarrollaron á nuestros propios ojos.

Para la mejor inteligencia de lo que en seguida vamos á referir, no es inútil dar una ligera descripción de la extraña situación topográfica de Guanajuato, favorable por todos conceptos á las inundaciones y causa de las catástrofes que la han conmovido.

La ciudad, construida á 2,060 metros 84 centímetros sobre el nivel del mar, se encuen-

tra situada en medio de elevadas montañas, en una hondonada, que más que de valle, merece el nombre de simple cañada. La forman las depreciones de innumerables montañas que la rodean, entre otras: El Cerro del Cuarto y Sirena, al Norte; San Miguel, las Carreras y los hermosos picos de la Bufa, al Sur; al Oriente el Meco, la Bolita, el Temescuitate, etc. y al N. E. la Aldana, el Cerro trozado y las cumbres de Valenciana, Mellado, los Tumultes y otros.

Desde la Presa de la Olla al Cantador la ciudad se extiende formando á veces amplios anfiteatros cuando el valle se ensancha, y una simple calle cuando se estrecha la garganta de los cerros. Del Cantador se prolonga por la cañada de Marfil, que remata en el mineral y pueblo de este nombre. En los cerros del N. E. hacía el Monte de San Nicolés, nace un torrente, caudaloso en tiempo de lluvias, que por la inclinación del terreno penetra con ímpetuo en la ciudad por el barrio de San Agustín, la atraviesa por los barrios principales en toda su extensión y convertido en río por la confluencia de otros varios torrentes que se le unen dentro de la ciudad misma, desemboca en Marfil; después se arroja en el Río Grande, de allí en la laguna de Chapala y por último en el Océano Pacífico. Su cauce, dentro

de la ciudad, tiene por bordes las paredes mismas de las casas, muchas de las cuales están sentadas en los sesenta y tantos puentes que lo atraviesan. Cuando á consecuencia de algún aguacero torrencial el caudal de sus aguas es excesivo, el líquido cubre los puentes, penetra en las casas por puertas y ventanas, rebasa por los caños, inunda las calles hasta elevado nivel y así sobrevienen las catástrofes.

Con los desperdicios de las Haciendas de Beneficio y la tierra que las avenidas depositan en el lecho del río, éste ha ido asolvándose progresivamente y haciendo más frecuentes las inundaciones. Actualmente se halla sumamente asolvado y lo está más aún con los escombros acumulados por los desplomes de edificios en la última inundación.

Ahora que el lector conoce la desfavorable situación de la ciudad, volvamos á la historia de las inundaciones que en el espacio de 2 siglos la han asolado.

***

Dada la desfavorable situación de Guanajuato es probable que desde época muy remota haya sufrido el azote de las inundaciones; casi nos atrevemos á asegurar que las debe haber sufrido desde el Siglo XVI, cuando con el nombre de *Quanashuato* solo era una miserable aldea chichimeca. Su antiquísimo barrio de

Paxtitlán (hoy Pastita) existe desde esa época y está comprendido en la zona inundable.

Pero las noticias ciertas y fidedignas empiezan en el Siglo XVIII, historiado ya por el erudito P. Don Lucio Marmolejo en sus "Efemérides Guanajuatenses," que á este respecto y á todo lo que á la historia de Guanajuato se refiera, suministran datos preciosísimos, exhumados por él de las ininteligibles páginas de olvidados manuscritos y de entre el polvo de viejos archivos conventuales. Sus Efemérides nos servirán de guía en esta reseña.

La primera inundación de que se conserva memoria, acaeció el domingo 8 de Junio de 1704, á las 8 de la noche. La originó un desbordamiento del río que en la calle de Belem arrebató dos niños, uno de los cuales se encontró hecho pedazos y el otro desapareció. No hay datos que el Alcalde Mayor de Guanajuato, que lo era Don J. J. Campuzano, caballero de Santiago, tomara ninguna medida de precaución.

En 1741, estando ya en construcción la Presa de la Olla, Guanajuato sufrió otra inundación que según las crónicas de entonces, "no fué de las más terribles," no obstante que ocasionó serios perjuicios. Pero 19 años después, en la madrugada del 5 de Julio de 1760, acaeció otra tan terrible, que no solo revistió el carácter de una verdadera catástrofe, sino que sumió á la ciudad en el luto y la desolación por las pérdidas de vidas é intereses de que fué causa.

Para que se vea que catástrofes tan terribles como la que últimamente sobrevino, ya habian tenido ejemplos en nuestra historia, cedemos la palabra á los cronistas de aquellos tiempos, que se explican con sobrada elocuencia. El Alcalde Mayor Don Bernardino de Navas la describe del modo siguiente: "Dia viernes 4 del corriente hizo muy sereno y alegre y así siguió la noche, sin aquellos anuncios comunes que ponen á la vista las tempestades nada escasas en este país y tiempo. A la media noche, cuando todos estábamos en profundo sueño, comenzó un aguacero más que regular, que no dió el mayor cuidado hasta que repentinamente se movió un furioso huracán y cayó el agua con tanto ruido y furia, como si cayeran los cielos, con igual estrépito de truenos y centellas que hacían estremecer toda esta cerranía y los corazones de sus habitantes, porque parecía quererse destruir por los elementos, todo el lugar y sus contornos." El fenómeno meteorológico que describe el Sr. Alcalde Mayor, es semejante á los que con alguna frecuencia presenciamos y al que ocasionó la última catástrofe. Continúa la descripción: "Dicen los *brujos* de

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
Biblioteca Valverde y Tellez

aquí que fué culebra de agua la que cayó de golpe en los cerros: yo no he visto ningún derrumbe ni socabón de éstos, ni la obscuridad de la noche me persuado permitiera distinguir la configuración de la nube: ella en poco menos de una hora ocasionó tal avenida, que sobrepujó la caja del río en muchas varas. *Aun por encima de las azoteas de las casas*, de las que arrebató muchas gentes al ímpetu de la corriente, y se llevó, sacando algunas por los cimientos, mas de 240 casas y haciendas, que en el todo quedaron arruinadas con cuanto tenían; y la mayor parte de sus habitadores, á quienes en la ocasión nadie pudo socorrer, por lo intempestivo, por la obscuridad y la conturbación." En seguida narra el terrible espectáculo de los habitantes huyendo á los cerros en medio de la noche y al siguiente día el espectáculo mas lastimoso aún, que según sus propias palabras era "el mirar las mujeres y niños temblando de frío, y sin tener por de pronto quien los pudiese socorrer con ropa, ni que comer, porque lo que no se llevó la turbonada todo estaba mojado y sin poder servir; y sin embargo estaban con el consuelo de haber libertado las vidas, que apreciaban mas, viendo tanto cadáver como se iba recogiendo, y no cesaban de dar gracias á Dios, teniendo á milagro su fortuna." Narra el cronista después los

tremendos estragos materiales hechos en la población por el agua y concluye lamentándose de los excesos de la plebe, que se arrojó sobre los despojos de la inundación, como una verdadera chusma de «podencos, lobos y coyotes, sin fé ni temor de Dios.» (sic.)

Hay otras descripciones que confirman la anterior, entre ellas el parte oficial rendido por el Ayuntamiento al Virrey Conde de Revillagigedo. En ellas se expresa que la destrucción de las calles «de Belem, la Nueva, la de Alonso y Cantarranas, fué completa y que innumerables personas perecieron ahogadas ó á efecto de los desplomes.» Allí se compara por los cronistas esta terrible catástrofe al Diluvio Universal y á la ruina de Troya.

Entre todas las inundaciones que ha sufrido Guanajuato, ésta es quizá la que por sus circunstancias se parece más á la del 1º de Julio último. Los que tuvimos la desgracia de presenciarla, comprendemos sin dificultad que entre las sombras de la noche el espectáculo debe revestir un horror sin igual y que las víctimas debieron ser numerosísimas, por efecto de la obscuridad y del pánico.

Apesar de esta catástrofe no se tomaron por las autoridades medidas sérias para evitar las inundaciones y la *ciudad mártir* tuvo bien pronto que sufrir otras nuevas.

En efecto, el 2 de Septiembre de 1772 el agua volvió á invadir las calles y á causar grandes destrozos en el templo de San Diego y otros muchos edificios, lo bastante para que el Ayuntamiento, saliendo de su natural apatía, se reuniera en sesión extraordinaria para escogitar los medios de prevenir para lo sucesivo *tan frecuentes desgracias* (sic) y solo resolvió expedir una órden á los propietarios de minas, para que robustecieran los calicantos de sus terreros é impidieran que el rio siguiera ensolvándose con los deshechos.

Esta órden, insuficiente en sí y que además no fué cumplida, dió lugar á que continuara la larga lista de las catástrofes.

El 27 de Julio de 1780, nueva y desastroza inundación asoló la ciudad, y ésta es quizá la que mas vidas humanas ha sacrificado. Solo duró 12 minutos y éstos bastaron para que el torrente del Monte de San Nicolás penetrara en la ciudad destruyéndola. El templo de San Diego, derribado, quedó lleno de cadáveres de hombres y animales y el arroyo que pasa por Rayas, introduciéndose en el socavón de la mina de ese nombre, lo llenó en pocos momensos y sepultó entre los escombros el numeroso pueble que allí trabajaba, *compuesto de centenares de hombres*, "sin que hubiera recursos para salvar uno solo de aquellos desgraciados" (Efe-

mérides Guanajuatenses, Tomo II, pág. 248.)

Nota tristísima, profundamente conmovedora, la de aquel puñado de operarios sorprendidos en su labor por tan espantosa y desesperada muerte. Solo ella pudo remover el indiferentismo del Ayuntamiento, que asustado ante la magnitud de la catástrofe, se dirigió al Virrey para pedirle el remedio de tantos males. Este comisionó para el estudio del asunto á Don Joaquín Velazquez de León, Alcalde honorario de la Real Audiencia, director general del Real Tribunal, poseedor de no sabemos cuántos títulos más, quien prontamente se trasladó á Guanajuato.

Este hombre, tenido por el mejor ingeniero de la Nueva España, practicó un reconocimiento del rio y dictó varias medidas entre las cuales fué la principal, repetir, eso sí, con el carácter de *muy urgente*, la orden dada años antes á los propietarios de minas para que impidieran el asolve del rio. Ni el Ayuntamiento cuidó de su observancia, ni los particulares de la ejecución, y los desastres continuaron.

El 10 de Agosto de 1794 fué la ciudad nuevamente inundada, resintiendo la calle de Belem considerables perjuicios.

Las fechas 13 de Julio de 1804 y 4 de Julio de 1828 coresponden á nuevas avenidas é inun-

daciones, en que la población sufrió nuevos estragos.

Sigue un lapso de tiempo en que la Naturaleza pareció adormecerse y dejar descansar á la pobre ciudad; hasta el 2 de Julio de 1867 en que se registró una inundación causada exclusivamente por el rio de San Nicolás, sin que el de la Presa tomara parte apreciable. El barrio de Pastita fué arrasado, padeciendo especialmente la mina de Sirena, la fundición Dulchés, de donde el agua arrebató la pesada maquinaria; la carrocería de Don León Demongin que pereció y cuyo cadáver llevó el agua á través de toda la ciudad hasta dejarlo en la Hacienda de Cipreses. y en general toda la población, especialmente el Hinojo, el Ropero, el Jardín de la Unión y la Cruz Verde. El comercio del centro fué arruinado.

Pocos años despues, el 2 de Septiembre de 1868 se vinieron varias pequeñas presas rumbo á la Olla, ocasionando una nueva inundación y el 20 de Agosto de 1873, á las 8 de la noche, sobrevino la mayor inundación que ha presenciado la generación actual, anteriormente á la última y gran catástrofe.

Los cronistas de entonces se hacen lenguas sobre la magnitud del desastre; es cierto que sus estragos no fueron despreciables, puesto

que aún vemos el nivel de las aguas conservado por las placas de piedra fijadas en las esquinas de las calles; puesto que la corriente arrastró un pesado carruaje, destruyó casas, arrebató puentes y causó innumerables perjuicios. Pero ¿qué hubieran dicho esos cronistas al ver sus niveles sobrepujados en más del doble, y al ver los estragos casi increíbles de las aguas turbulentas de la última inundación?

Tenemos á la vista crónicas de ese desastre y no lo juzgamos sino como un débil boceto de la catástrofe actual.

En aquella inundación sufrió mucho el barrio de Pastita, el Hinojo, Matavacas, Cantarranas, el Baratillo, el Truco, la Cruz Verde, la Unión, Alonso, la Calzada de Guanajuato y casi todos los barrios que hoy han sido destruídos y que forman la principal arteria de la población; en aquella época también padecieron bastante, obteniéndose un nivel máximo de 2 metros y medio en los puntos mas bajos de la ciudad. Las pérdidas, según las manifestaciones dirigidas al Jefe Político Sr. Luis G. Reynoso, ascendieron á 156,000 pesos. Cuando el lector se entere de los datos análogos de la última inundación, verá la inmensa diferencia que existe y se formará una idea, por comparación, de la magnitud de la última terrible catástrofe.

La negra lista de las desgracias continúa con las inundaciones de 25 de Junio de 1882 y las de Junio de 1883, en que el agua desbordada destruyó los terraplenes del ferrocarril y averió los paseos de la Presa; con la del 28 de Junio de 1885, que sobrevino estando un numeroso público en una función del Teatro á que asistía el Sr. Gobernador del Estado, Gral. D. Manuel González, quien con su presencia de ánimo evitó el pánico é hizo salir al público ordenadamente por la puerta de escape.

Pasemos por alto pequeñas desgracias para llegar á las últimas, á las que personalmente hemos visto causar en el lapso de tres años, incalculables perjuicios pecuniarios y numerosos sacrificios de vidas humanas.

Nos referimos á la inundación del 30 de Septiembre de 1902, que sepultó entre sus aguas furiosas al pueblo de Marfil, que arruinó su pequeño comercio y barrió una manzana, sin dejar en ella piedra sobre piedra, sepultando entre la ola negra veintitantos seres humanos. Nos referimos á las últimas catástrofes: la del 30 de Junio y la del 1º de Julio del año actual, cuyo relato daremos con todos sus horribles detalles. Esta gran catástrofe, que ha conmovido profundamente á la Nación entera, es el digno remate de la larga série de calamidades que han azotado esta ciudad, á la que los

furores de la Naturaleza y la apatía de los Gobiernos han hecho merecer justamente el nombre de *Mártir*.

*
* *

Ahora que el lector ha seguido la historia, que siquiera sea brevemente, hemos trazado de las numerosas inundaciones de que se guarda memoria en Guanajuato, comprenderá que hay un sólido fundamento para considerar culpable indiferencia de nuestros hombres de Gobierno de todas las épocas el no haber emprendido oportunamente obras de protección contra el eterno azote, obras que demandaban urgentemente la seguridad y la vida de la población.

Hemos visto que á raiz de algunas catástrofes, se han tomado débiles medidas cuya insuficiencia se demostró bien pronto con la elocuente lógica de los hechos. Sabemos que el 4 de Junio de 1883, bajo el Gobierno del Sr. Lic. D. Manuel Muño Ledo y á moción del Coronel Cecilio F. Estrada, Jefe Político de Guanajuato, se emprendió por primera vez una obra séria, que defendiéndola de las inundaciones, asegurara la vida tranquila de la ciudad. Pero también sabemos que apenas empezada, triunfaron la imprevisión y la pereza atávicas, y el Gobierno, que había empezado la

gran obra, la abandonó, dejando á la ciudad amenazada por su eterna espada de Damocles.

En buena hora que las obscuras épocas virreinales no encontraran para el mal remedio eficaz. En buena hora que las tormentosas épocas de convulsiones políticas no prestaran la atención debida á estos vitales problemas, absorbidos como se hallaban sus hombres por las luchas y los partidos. Pero creemos que es una obligación imprescindible, un santo deber de la época actual y de sus hombres públicos, llevar á cabo la magna obra. En esta época de paz fecunda y creciente progreso, en la que de la nada surgen los palacios magníficos al soplo de voluntades poderosas, bien puede la obra del Cuajín ser una realidad salvadora.

Urge su pronta ejecución.

De ella depende que Guanajuato resurja magnífico de sus escombros, como la ciudad de los Lagos renació grandiosa de las pavezas de un incendio; ó que al soplo devastador de nuevas catástrofes, Guanajuato, condenado á muerte por la Naturaleza, azotado por los elementos y diezmado por la emigración, acabe por desaparecer definitivamente del mapa.

Afortunadamente nuestro Gobierno actual dispone de elementos materiales bastantes, y tiene clara conciencia de la importancia de la obra.

El la llevará á cabo con la urgencia que el caso demanda.

Si hasta hoy se ha pensado en hermosear la población, es tiempo de pensar en salvarla.